

De inspiraciones y aspiraciones

Memoria y sentido de la lucha en Atenco

Mariana Robles*
M. Adriana Soto**
Antonio Paoli***

RESUMEN

Los procesos de construcción de la memoria colectiva están estrechamente vinculados con las formas de constitución de los sujetos, tanto en el plano individual como en el de los procesos sociales. En este sentido, planteamos algunas reflexiones en torno a la memoria colectiva como una instancia constituyente de los procesos subjetivos que dinamiza las formas en que los sujetos significan y construyen la realidad social. Para ello recuperamos los planteamientos de algunos de los teóricos que han orientado nuestras reflexiones, así como algunos de los elementos que conforman la lucha del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco, puesto que nos interesa dar cuenta de cómo una de las dimensiones imaginarias puestas en juego en este movimiento es la memoria como elemento que incide en la constitución de los sujetos, su lucha y la realidad social que pretenden transformar.

PALABRAS CLAVE: memoria colectiva, procesos subjetivos, movimientos sociales.

ABSTRACT

Inspirations and aspirations. Sense and memory of Atenco's struggle. Construction processes of collective memory are closely linked to forms of constitution of individuals, both the individual and the social processes. In this regard, we propose some reflections on collective memory as an instance that shapes subjective processes that energizes the way in which individuals build meaning and social reality. We use the approaches of theorists who have guided our thinking as well as the elements of the struggle of the Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco, since we want to account how a imaginary dimension brought by this organization: the constitution of individuals, their struggle and the social reality which they want to transform is caused by memory.

KEY WORDS: collective memory, subjective processes, social movements.

* Alumna del Doctorado en Desarrollo Rural de la UAM-Xochimilco.

** Alumna del Doctorado en Ciencias Sociales. Área Psicología Social de Grupos e Instituciones de la UAM-Xochimilco.

Profesor-investigador en el Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

ALGUNAS NOTAS SOBRE EL TEMA DE LA MEMORIA

La memoria y el problema de lo "efectivamente ocurrido"

En un primer plano, la memoria puede ser entendida como el conjunto de funciones psíquicas de las cuales los sujetos se valen para "actualizar" circunstancias o información que se atribuye al pasado. Sin embargo, la concepción de memoria que adoptamos y con la que trabajaremos es aquella que se encuentra definida por su carácter social, entendida como proceso y producto en constante construcción a partir de las relaciones, discursos y prácticas sociales.

La memoria a la que nos referimos es la que apunta a la constitución de sujetos individuales y colectivos; no es sólo, en términos de Desroche, una memoria constituida, sino una memoria constituyente, que abre la posibilidad de interrogarse sobre los hechos pasados y dinamizar las formas en que los sujetos significan y construyen la realidad social.

En psicoanálisis se ha trabajado la memoria individual principalmente en relación con las manipulaciones inconscientes ejercidas sobre los recuerdos y los olvidos. A veces pretende restablecer una trama histórica "rota" por mecanismos de defensa y reintegrada a la conciencia por recuerdos, deseos, ilusiones, mitos y ensueños. El psicoanálisis ha buscado –en pos de la "cura" o, quizá más exactamente, de manera terapéutica– el acceso a la "totalidad" de la historia del paciente. Fernando M. González, en su libro *La guerra de las memorias*, plantea otra posición que desde el psicoanálisis se tiene en relación con la memoria y que nos introduce a una discusión que debemos señalar.

Siguiendo a Jean Laplanche en su crítica a la tarea analítica interpretada como la reconstrucción de lo olvidado, González dirá que "no se trata en psicoanálisis de recuperar la trama interrumpida de una 'historia real', sino más bien de producir 'una deconstrucción' de la construcción antigua, insuficiente, parcial, errónea, para hacerle campo a la nueva traducción del paciente" (1998:74).

Lo anterior nos lleva, inevitablemente, a pensar en el problema de la verdad y la ficción en relación con la memoria. La alusión a lo *erróneo* nos lleva a pensar en la posibilidad de que existiera un referente con el cual pudiera confrontarse dicho error.

Dado que entendemos la memoria como el proceso de reconstrucción del pasado según las circunstancias en que éste es evocado, y que dicha reconstrucción se expresa a partir de la narración que los sujetos hacen de ese pasado (otorgándole un sentido particular según su contexto), el acceso a lo ocurrido *tal y cómo verdaderamente ha sucedido* sería imposible. Por tanto, no existe referente con el cual la memoria pueda ser “corroborada”.

Por otra parte, el interés por comprobar si lo recordado se apega a lo *realmente sucedido*, nos acercaría a un positivismo peligroso; sin embargo, no es posible concluir de este modo dicha discusión, puesto que en el estudio de los fenómenos sociales también resultaría grave intentar obviar lo efectivamente sucedido en la vida e historia de nuestros pueblos, con el argumento de que *no importa si lo que los sujetos narran sucedió realmente, sino el peso que dicha narración tiene para ellos*, por muy atractivo que éste pueda resultar.

Construimos la historia

Quizá convenga mirar el problema desde otra perspectiva, y pensar en “la verdad” en relación con el acto de construcción de la narración (hacer memoria) y no con respecto al suceso que se narra. Esto es lo que propone Ricœur cuando afirma que el problema consiste en poder mostrar cómo, tanto el relato histórico como el ficticio, se refieren, de un modo diferente, a un mismo aspecto de la existencia del sujeto: su historicidad; se trata de señalar el hecho fundamental de que construimos la historia y que somos *seres históricos*.

[Lo que está en juego es] un concepto de verdad que sea capaz de abarcar las dimensiones referenciales de la ficción y de la historia. Este concepto de verdad tendría que poder aplicarse a la intencionalidad propia de las formas del acto de contar, en la medida en que todas las modalidades del relato tratan de decir algo sobre nuestra historicidad radical [Ricœur, 1999:84].

Al trabajar con el pasado debemos tener claro que –como ya se mencionó– el acceso a lo “verdaderamente ocurrido” es imposible, por tanto, a lo único que podemos acceder, a partir de las narraciones y las prácticas, es a la memoria que la gente *hace* de ese pasado.

Narrativas y prácticas que no serán descripción fiel de lo ocurrido, sino ejercicio pleno de la creatividad humana, de la capacidad de construir y reconstruir permanentemente significados que hagan emerger cosas distintas a las que había. Es desde ahí, precisamente, que hablamos de la constitución de sujetos y de sujetos colectivos.

Esta manera de situarse frente al problema invita a pensar lo efectivamente sucedido, no como verdad histórica o como fin último a indagar, donde los “datos-evidencias” cumplan la función de validar o desacreditar las narraciones de los individuos en relación con un suceso, sino como punto de análisis que permita la comprensión de una escena más amplia y compleja, en la que las narraciones son entendidas como construcciones sociales marcadas por el carácter histórico de los sujetos, necesariamente impregnadas por los acontecimientos históricos y sociales. El carácter histórico está marcado por los hechos que son recordados con frecuencia porque se cree que fueron benéficos o maléficos.

Creencia y memoria

La construcción del futuro demanda siempre un pasado nuevo; es decir, lo que se desea, lo que queremos lograr en el futuro, guía nuestra observación del pasado. Lo que queremos ser orienta nuestra reconstrucción del pretérito. Aquello en lo que anhelamos convertirnos es aquello que creemos bueno para nosotros. La creencia nos marca lo que se debe ver y lo que es mejor olvidar.

Las creencias son lo que verdaderamente constituye el estado del hombre [...] la pluralidad de creencias en que un hombre, un pueblo, una época está, no posee nunca una articulación plenamente lógica, es decir, que no forma un sistema de ideas, como lo es, o aspira a serlo, por ejemplo, una filosofía. Las creencias que coexisten en una vida humana, que la sostienen impulsan o dirigen, son a veces incongruentes, contradictorias o, por lo menos, inconexas [Ortega y Gasset, 1971:10].

Una creencia orienta una conducta, y otra invita a una diferente. Pero suele haber creencias fundamentales que justifican acciones consideradas trascendentes. Puede ser que se crea en la paz como en un gran bien, pero si alguien abusivamente amenaza arrancar

otro bien clave –como puede ser la tierra–, el pueblo se preparará para la guerra. La creencia orienta el comportamiento, define las coherencias del vivir. Pero se aplica en cada circunstancia de maneras diferenciadas. La creencia tiene sus órdenes y jerarquías: hay que buscar su estructura, sus clasificaciones y las formas de memoria histórica que cada una de ellas demanda implícitamente. Sin embargo, toda esta estructura se aplicará de forma novedosa en cada contexto histórico.

Una creencia central en los pueblos de tradición campesina es que la tierra, el terreno y la territorialidad son un bien fundamental, por el que vale la pena sacrificar otros bienes. Frecuentemente se recordarán los hechos y se olvidarán las creencias que orientaron la acción colectiva. Pero entender esa fe en la cual se situó, emplazó y dispuso la acción colectiva, es aproximarse a la cultura, a los fundamentos que permiten comprender los principios que ocasionaron los hechos y mantienen selectivamente los recuerdos: lo digno de conmemorarse y lo que ya no vale la pena perpetuar en la memoria.

Las aplicaciones prácticas de la creencia, además de ser factor clave para activar la memoria, también suponen cambios: transformaciones en la jerarquía de las creencias y, consecuentemente, mutaciones en las formas del recuerdo. Hay creencias que fueron fundamentales y hoy son secundarias:

Creemos en algo con fe viva cuando esa creencia nos basta para vivir y creemos algo con fe inerte cuando, sin haberla abandonado, estando en ella todavía, no actúa eficazmente en nuestra vida [Ortega y Gasset, 1971:15].

¿En qué pueblos se cree que la tierra para sembrar y vivir las costumbres es un bien cardinal?, ¿en qué pueblos esta fe y esta práctica han pasado a ser secundarias y hasta inertes?, ¿qué prácticas de los individuos y de los pueblos hacen mutar las creencias y con ellas las evocaciones, los recuerdos, los detalle de las historias, los anales, las conmemoraciones?, ¿qué empieza a omitirse?, ¿qué a olvidarse de modo que pareciera que no existió jamás?

Memoria, procesos individuales y procesos colectivos

Otro de los ejes que habremos de considerar para reflexionar en torno del tema de la memoria tiene que ver con la tensión entre los procesos individuales y los colectivos. ¿Cómo se construye o dónde está la génesis de aquello que hemos sometido a discusión y que se nombra como lo “efectivamente ocurrido”?

La memoria como objeto de investigación ha ocupado la atención de diversas disciplinas. Por un lado, encontramos aquellos estudios centrados en aspectos neuroanatómicos que tratan de esclarecer no sólo el acto de recordar, sino los problemas que se derivan de lo que se conoce como la degeneración de la memoria; el acento aquí está puesto en el análisis de los lóbulos o arterias cerebrales, la relación entre las proteínas y las neuronas, o bien en otros factores que explican la anatomía de la amnesia y la memoria. Por otro lado, encontramos a las ciencias preocupadas por los procesos cognitivos referidos a la memoria individual, que supone la capacidad de almacenar datos y cuya función es codificar, registrar y recuperar información; en términos generales, podríamos plantear que la equivalencia con un sistema computacional, con sus dispositivos de entrada y salida para el procesamiento de la información es aquí importante.

No obstante la importancia de estos estudios, debemos problematizar la compleja relación entre la memoria individual y los procesos sociales. Y como hemos señalado en otro momento (Manero y Soto, 2005), son básicamente tres las líneas que se destacarían en este campo:

- Las que plantean una equivalencia o paralelismo entre los mecanismos de repetición o selección que operan y hacen funcionar la memoria individual y la colectiva. Por ejemplo, autores como Igartúa y Páez (1998) plantean que los mecanismos institucionales que distorsionan el recuerdo (por ejemplo los manuales escolares de historia) son parecidos a los fenómenos de represión planteados por Sigmund Freud.
- Por otro lado, encontramos aquella línea que convierte a la memoria colectiva en una sumatoria de memorias individuales. Desde este planteamiento, los recuerdos derivados de las vivencias semejantes que un conjunto de personas ha tenido,

constituyen un conocimiento y una experiencia compartida de los hechos pasados.

- Una tercera vía de reflexión sobre este punto es la que destaca la influencia que tienen los factores sociales sobre la memoria individual. Se habla aquí del impacto, la asimilación y reconstrucción que los individuos hacen de los sucesos macro-sociales.

[...] bajo esta línea, han cobrado gran interés los trabajos que destacan cómo es que la memoria y el olvido son un terreno en disputa; la hipótesis central aquí es que monopolizando la información sobre el pasado se controlará la memoria y los recuerdos de los individuos [Manero y Soto, 2005:180].

Desde nuestras preocupaciones relacionadas con los fenómenos subjetivos, la reflexión sobre la memoria, específicamente la colectiva, en sin duda un eje fundamental. Y tomando distancia de las tres líneas de análisis que hemos mencionado, entendemos a la memoria colectiva como una instancia constituyente de los procesos subjetivos, que dinamiza las formas en que los sujetos significan y construyen la realidad social. Para ello recuperamos los planteamientos de algunos de los teóricos que han ido orientando nuestras reflexiones.

Las memorias colectivas e identidades

Le Goff plantea que las memorias colectivas pueden identificarse con un tipo de historia que describe y ordena los hechos pasados y presentes sobre la base de un sistema de tradiciones. En este sentido, en ellas puede llegar a confundirse la historia con el mito. Sin embargo, afirma que las memorias colectivas son un elemento fundamental en las sociedades, dada su relación con la construcción de formas de “identidad” culturales que fortalecen la cohesión al interior de las comunidades.

La vida comunitaria se construye y reproduce a partir de las tradiciones, fiestas comunitarias, religiosas, referencias geográficas, estilos de sus diseños del paisaje, emblemas, prácticas productivas, conflictos. Por ejemplo, tanto en el momento de su celebración como de su organización, la fiesta es remembranza y continuidad, utopía

y realidad. Estas prácticas no sólo sustentan una identidad cultural, también fomentan y fortalecen la formación de vínculos al interior de las comunidades.

La fuerza de los vínculos comunitarios, de barrio y familiares aumenta en periodos en los cuales existen amenazas externas. Sin embargo, en momentos en los que se vive una cierta tranquilidad y están ausentes estas presiones externas, la comunidad, los barrios, los grupos domésticos siguen reescenificando las fiestas, los rituales, las ceremonias como una manera de mantener viva su cohesión [Pérez, 2005:74].

Memoria colectiva e imaginario

Por otro lado, Desroche, siguiendo a Halbwachs, dirá que no existe una memoria universal al género humano, sino memorias colectivas distintas unas de otras. Una memoria universal respondería a una memoria mediante la cual se transmitieran acontecimientos de manera aséptica y sin el sostén de un colectivo limitado en el tiempo y el espacio. En contraste, pensar en memorias colectivas permite el reconocimiento de la diferencia y de las condiciones espacio temporales del grupo humano que las construye. Por medio de las mismas también se transmiten significaciones y fuerzas, donde se viven y sobreviven las tradiciones.

De esta manera, las memorias colectivas son fundamentalmente reconstrucción del pasado, adaptan el sentido de los hechos antiguos a las necesidades del presente. Vale la pena detenernos aquí para aclarar que al hablar de memoria como reconstrucción nos referimos a un reacomodo de los sucesos, como si éstos fueran las piezas de un *lego* que, dispuestas de manera particular, dejaran ver un horizonte imaginado.¹ Nos referimos a una reconstrucción como resignificación del pasado, con su dosis de ficción y mito.

¹ Hacemos alusión a la imagen de un *lego*, más que a la de un rompecabezas, porque este último da cuenta de las piezas de un "algo" definido y determinado de antemano; el resultado es siempre el esperado, el que debe ser. En cambio, el *lego* es, en todo momento, la posibilidad de invención y creación de nuevas formas. La capacidad del sujeto para resignificar el pasado y dar sentido al presente que se proyecta permanentemente hacia el futuro.

Es desde aquí, entonces, que insistimos en hablar de la memoria, de la memoria colectiva como un elemento fundamental en la constitución de sujetos individuales y sujetos colectivos. De la memoria que nos lleva a destacar la existencia de imaginarios sociales en constante transformación; mismos que hacen posible mirar el pasado siempre de manera distinta, de reconstruirlo incesantemente, haciendo emerger nuevos sentidos. Para Rafael Reygadas, el imaginario es entendido como el conjunto de significaciones sociales que permite y hace presente algo que no es, pero que, en tanto futuro deseable, es y da sentido al discurso, a la acción y a las prácticas sociales, a la vez que permite definir estrategias y priorizar relaciones (Reygadas, 1998:65).

De esta manera, podemos pensar en las memorias colectivas como una de las formas en que el imaginario social se organiza, que da sentido a las prácticas y los discursos y que, al mismo tiempo, adquiere sentido en ellas; es decir, este conjunto de significaciones sociales da sentido al mundo, que ordena –aunque sea ficticiamente– el caos que habitamos. Pero, al mismo tiempo, al ser estas significaciones producto de la capacidad creativa humana, adquieren sentido sólo gracias a las prácticas y los discursos de sujetos insertos en un espacio y un tiempo particulares. El imaginario supone prácticas y discursos previos, y éstos, a su vez, suponen un imaginario que les dé sentido y los haga existir. Así, siguiendo a Reygadas,

[...] el imaginario no es representación de impulsos o de instintos [...] es sociedad instituyente; sociedad a cierta distancia de sus instituciones, a veces demasiada, que lleva a la alienación; la sociedad instituyente es viva, está en tensión con lo instituido; sin embargo vive de esa tensión con lo instituido [1998:67].

En nuestra vida diaria, cuando hacemos memoria, vamos reconstruyendo el pasado valiéndonos de interpretaciones, descripciones, argumentos que le otorguen sentido al discurso y a la imagen que éste construye, realizamos un *esfuerzo en pos del significado*, dirá Vázquez (2001:137). Estos recursos que utilizamos para dar sentido a la reconstrucción del pasado emergen paralelamente a esta imagen, entreverados con ella, tratando de crear una versión comprensible y argumentada del pasado.

[Es por esta razón que] *hacer memoria* implica no la traslación temporal de pálidos o deslumbrantes acontecimientos del pasado al presente, sino dotar de sentido al pasado, de elaborar significados. Pero asimismo implica construir el significado de por qué *hacemos memoria* y producir el sentido de por qué y para qué *hacemos memoria* para el hoy y el por qué y para qué *hacemos memoria* para el mañana [Vázquez, 2001:137].

Sentido y uso táctico de las memorias

Con estas preguntas, Vázquez nos invita a pensar por qué se recuerdan unos acontecimientos y se olvidan otros. Esto no es gratuito, se basa en finalidades prácticas. Al hallarse los sujetos y los grupos inmersos en complejas redes de relaciones de poder, la memoria, como afirma Le Goff, no sólo representa para ciertos grupos una conquista sino también “un instrumento y una mira de poder” (1991:135).

En la esfera de la memoria colectiva, estos recuerdos y olvidos son coyunturales, emergen o permanecen “latentes”, según la ocasión. Es en este sentido que las memorias pueden tener un uso táctico en el enfrentamiento de fuerzas.

[...] la memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y que dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva [Le Goff, 2001:134].

Los recuerdos y los olvidos responden más a intereses del presente que a circunstancias del pasado, quizá por esta razón es que Michel de Certeau se refiere a la memoria como una “memoria práctica”, que calcula y prevé las posibilidades del porvenir. Memoria que se mantiene oculta hasta el momento oportuno en que se revela “brillando en la ocasión”; al llamado de algo nuevo que la incita: “de todas formas, la memoria es ejecutada por las circunstancias, del mismo modo que el piano “da” sus sonidos al tocar de los dedos” (De Certeau, 2000:97).

Por otra parte, Desroche plantea una noción de memoria que inevitablemente se entrelaza con el presente y el futuro: la memoria como ideación del pasado, la conciencia como ideación del presente e imaginación como ideación del futuro. Esto nos lleva a pensar en el uso práctico y táctico de la memoria como elemento que al vincularse con la conciencia y la imaginación, abre un campo de posibilidades futuras, de proyectos. La memoria de los grupos, dirá Halbwachs, “sólo retiene los acontecimientos que son también enseñanzas [...] La memoria colectiva reconstruye sus recuerdos de manera que concuerden con las ideas y preocupaciones contemporáneas” (Desroche, 1976:178).

Si bien el uso de las memorias puede tener una dimensión táctica que las manipula, debemos plantear, con estas últimas palabras de Desroche y Halbwachs, que al vincularse con la imaginación y las enseñanzas o los aprendizajes, el análisis de la memoria no sólo nos remite a los modos en que ésta puede ser administrada o confiscada por aquellos grupos que se encuentran en lugares de poder. Para Bronislaw Baczko (1991), las representaciones del pasado demuestran ser mucho más reacias a la manipulación. En este sentido, la memoria colectiva ofrece también las posibilidades para la resistencia, ofrece parte de la materia prima para la invención de otros y nuevos mundos.

El mito y memoria constituyente

Como hemos señalado, la memoria colectiva está fuertemente vinculada con el mito. Pero el mito no es entendido aquí como aquello que hace referencia a una superstición o ficción, por el contrario, recuperamos del mito su carácter constitutivo de la sociedad y la cultura. Para Laplantine, el mito es el instrumento y la expresión de la función simbólica; herramienta por medio de la cual se significa el mundo y la vida en el mundo.

El mito, que es el relato semiconsciente que la sociedad remite a ella misma y que culmina en la dimensión festiva de nuestra experiencia y en la fantasía social, traduce el profundo deseo de los hombres de otorgar un sentido a su existencia al arraigarse en un pasado cósmico y proyectar un porvenir y una esperanza en forma de mesianismo o de teatro [Laplantine 1977:61].

De esta manera, la memoria colectiva no puede ser entendida como el almacén de los relatos que una comunidad construye sobre sus orígenes. La memoria es una reelaboración constante del pasado, evaluando y reorganizando los múltiples datos que lo constituyen; por eso, como hemos dicho junto con Desroche, es una memoria constituyente tanto o más que una memoria constituida.

En este mismo sentido, la memoria colectiva no debe quedar encerrada en la noción de tradición, entendida ésta sólo como la repetición de lo mismo; la memoria es algo más que la reproducción –casi mecánica– de las creencias y los valores normativamente impuestos que una sociedad o cultura se da a sí misma. La memoria es movimiento, invención y creación de nuevas formas, resignificación permanente del pasado a la luz de las condiciones y las necesidades del presente que adquieren sentido cuando se proyectan hacia el porvenir.

LA MEMORIA COLECTIVA Y EL MOVIMIENTO DE LUCHA POR LA TIERRA

La sociedad civil que, según el modelo ideal de la sociedad totalitaria, debería ser pulverizada completamente, persiste de todos modos y, por consiguiente, conserva y perpetúa su memoria. Cuanto más grande es esta resistencia, más condenado está el poder a andar con rodeos, a tergiversar, a lidiar con una tradición tenaz [Baczko, 1991:160].

La apuesta por una sociedad distinta, el ejercicio del pensamiento utópico, la esperanza como sueño despierto y la imaginación que permite proyectarse hacia un mundo más justo para todos, no son sólo frases bonitas. Es posible argumentar que la memoria y la esperanza se pueden confiscar, que la violencia más brutal puede llevar no sólo a diferentes formas de genocidio, sino de etnocidio, que es la destrucción de los modos de vida, del pensamiento, de la memoria, de la cultura de una población; la historia nos ofrece varias pruebas al respecto. Sin embargo, ello no nos impide reconocer las formas de organización social que se levantan en contra del autoritarismo económico y político.

En las páginas siguientes presentamos algunos de los elementos que conforman la lucha del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco. Retomamos sólo una parte de la compleja trama

de este acto de resistencia, puesto que nos interesa dar cuenta de cómo una de las dimensiones imaginarias puestas en juego en este movimiento, tiene que ver precisamente con la memoria. La lucha por la defensa de la tierra no sale de la nada, no es la ocurrencia de algunos de sus llamados dirigentes; es, sin duda, la historia de un pueblo que durante décadas ha sido objeto de los mecanismos de poder y la violencia. Pero es también la historia que reconoce la importancia del diálogo con los vecinos, de los debates y las reflexiones conjuntas sobre el destino de sus vidas, es la historia de la lucha organizada y solidaria.²

Antecedentes de la lucha en Atenco

Si bien la lucha por la defensa de la tierra en Atenco se piensa en relación directa con el proyecto de construcción del nuevo aeropuerto para la Ciudad de México, es importante decir que en los pueblos de la zona cabalga una memoria colectiva que va más atrás de los decretos gubernamentales de expropiación de las tierras. No es fácil ubicar un periodo preciso, podemos tomar como referencia los últimos 30 o 40 años que dan cuenta de una acumulada experiencia de organización popular, lucha sindical y participación comunitaria. Pero también –y por qué no– podríamos ampliar nuestro margen hasta alcanzar las luchas que los ancestros emprendieron mucho tiempo atrás: las de Nezahualcóyotl, el Abuelo mayor, tomado como símbolo de las glorias de un pasado luminoso; las de aquellos que derrotaron la invasión del ejército francés; la de quienes, al lado del general Emiliano Zapata, se habían enrolado en la bola revolucionaria; las de Odilón del Valle y sus compañeros para que, al fin, pudieran recuperar las tierras arrebatadas por los hacendados.

² Estudios más completos sobre el movimiento de Atenco pueden encontrarse en las siguientes tesis de maestría: Damián Camacho, “Atenco arma su historia”, Maestría en Desarrollo Rural, UAM-Xochimilco; Sergio Grajales, “El Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra: de la lucha por la tierra a la disputa por el territorio”, Maestría en Desarrollo Rural, UAM-Xochimilco; y Mariana Robles, “Los rostros femeninos de la resistencia. El caso de las mujeres del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco”, Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, UAM-Xochimilco.

De este modo, sabemos que los alcances de la memoria son, en este caso, enormes. Sin embargo, las coordenadas del contexto temporal y cultural en el que la lucha del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco se posibilita, las ubicamos en la experiencia de organización popular que desde la década de 1960 se viene presenciando en la zona. Quizá porque apelan a una memoria más reciente o quizá porque dan cuenta de la experiencia directa y los saberes acumulados de quienes participan en la lucha actual, las últimas cuatro décadas de organización constituyen un marco de referencia importante para los habitantes de estos pueblos.

Reivindicaciones comunitarias y organizaciones regionales

En un primer momento observamos en la escena una serie de demandas reivindicativas comunitarias con la organización de comités de gestión para el agua potable y la perforación de pozos en San Salvador Atenco. A lo largo de muchos años los campesinos han tenido que trabajar para combatir la salinidad de la tierra y las inundaciones, por lo que han acumulado una larga experiencia organizativa. La defensa por usufructuar los productos del lago de Texcoco, como aves, peces, pastos y tule, también forma parte de estas experiencias de lucha y organización.

A principios de la década de 1970, vecinos de la cabecera municipal de Atenco constituyeron la asociación civil Habitantes Unidos de San Salvador Atenco (Haussa), que lo mismo “defendía a la esposa maltratada, brindaba consuelo a los deudos de algún fallecido o defendía a un individuo acusado injustamente ante las autoridades judiciales, así como a la población en general de los abusos y atropellos de la autoridad local o estatal” (Pájaro, 2006). Haussa fue consolidando su fuerza por medio de diversas luchas de carácter local, pero que se ampliaban al ámbito regional al incorporar las demandas de otros pueblos y municipios, en cuyo centro se encontraba siempre la organización en torno a la defensa de la tierra. Así, durante la década de 1990 participó junto a ejidatarios, comisariados ejidales y la población atenguense en diversas luchas, tanto en la defensa de la tierra frente a los intentos expropiatorios del gobierno, como frente a sus políticas represivas o de abusos e injusticias cometidos en contra de los habitantes del municipio.

Por otro lado, a principios de la década de 1980 surgieron en la zona organizaciones de corte regional como el Frente Popular Regional de Texcoco (FPRT), que después se convertiría en el Frente Popular del Valle de México (FPVM), que –al igual que Haussa– trabajaba para defenderse de los ataques a la propiedad ejidal, para gestionar y exigir mejores condiciones de vivienda, brindaba asesorías jurídicas, ayuda para servicios de salud y eran un apoyo para las familias en los trámites de defunción.

El FPRT surge a fines de 1981 como una organización regional de carácter apartidista, luchaba fundamentalmente por reivindicaciones comunitarias. Posteriormente ocurre una transformación cualitativa de la organización, puesto que se transita de las demandas reivindicativas comunitarias a las luchas de carácter político-electoral.

Es importante señalar que algunos de los que han participado en la lucha en contra del aeropuerto, habían sido obreros en diversas fábricas ubicadas principalmente en el municipio vecino de Ecatepec y su zona cercana, entre ellas Sosa Texcoco, General Electric, Kelvinator, Alcan Aluminum, Trailmovil y otras. Esto permitió a los pobladores acumular una rica experiencia en la lucha sindical a lo largo de la década de 1980.

Así, esta experiencia de lucha, en cuyo centro siempre estuvo la defensa de la tierra y las reivindicaciones comunitarias, se nutrió también de las experiencias combativas de obreros-campesinos o campesinos-obreros que habían aprendido a luchar también en las fábricas y en las organizaciones políticas regionales que ampliaban la mirada hacia los referentes nacionales de la disputa política.

INSPIRACIONES Y ASPIRACIONES DE LA LUCHA EN ATENCO

De acuerdo con Desroche, encontramos en la lucha de las poblaciones por la conservación de sus tierras, *fuerzas de presión* que se traducen en una realidad adversa. La marginación social de estas comunidades, sumada al abuso de los empresarios, la impunidad gubernamental y la violencia de los cuerpos policíacos, ha llevado durante décadas a que los hombres y mujeres respondan con la organización, la protesta y las propuestas. No obstante, tal y como señala este mismo autor, podríamos decir que estas situaciones de

presión y coacción determinan en buena medida la movilización; aun así, no debemos pasar por alto las *fuerzas de aspiración* que ofrecen y elaboran también una respuesta. Por ello, hemos dicho antes que la apuesta por un mundo mejor y más justo no sólo es parte de un bonito discurso, es colocar en la escena un conjunto de significaciones imaginarias –culturales, utópicas, ideológicas– que, como dice Desroche *des-determinan* una realidad que amenaza. Ahora bien, podemos plantear que estas *fuerzas de aspiración* no marchan solas, necesitan de lo que podríamos llamar *fuerzas de inspiración*. Y es ahí donde encontramos la potencia de la memoria, misma que se nos muestra al menos en dos planos:

1. La lucha en contra del aeropuerto siempre ha estado en el discurso de los atenquenses justificada por las luchas anteriores, no sólo aquellas en las que habían participado los últimos 30 años, sino sobre todo las que los abuelos habían emprendido mucho tiempo atrás. De este modo, para los atenquenses las luchas pasadas fueron asumidas como un respaldo incuestionable a su rebeldía, pero también como un compromiso moral con quienes habían dado la sangre por conquistar el inalienable derecho a la tierra.

Sí, nos dio el Ser Supremo un pedazo de terreno, la vida misma; pero también hubo hombres que lucharon, que dieron su vida, que derramaron su sangre para que los campesinos de estos tiempos, la gente obrera, los trabajadores del campo, cualquier tipo de ser humano tenga qué comer y tenga dónde sembrar [...] Ese derecho de tener terreno costó vidas, costó derramamiento de sangre [entrevista realizada a integrante del FPDT, habitante de Santa Cruz de Abajo, municipio de Texcoco, febrero de 2009].

Defendieron la tierra los antepasados y sangre les costó. Ahora yo le digo a mis hijas, pues seguirá costando sangre pero la tierra no se la vamos a dejar al gobierno, la vamos a seguir defendiendo, y si es con sangre, con sangre, pero la vamos a defender [originaria de San Salvador Atenco, municipio de Atenco, febrero de 2008].

2. Seguramente las luchas de estas comunidades no sólo están inspiradas en la fuerza simbólica de la sangre derramada por sus antepasados, sino que debemos destacar también la memoria que da cuenta de los aprendizajes y saberes acumulados en las

luchas recientes. De acuerdo con los testimonios, observamos una gran transformación en los sujetos que han sido parte de la lucha. La experiencia –tras la derogación de los decretos expropiatorios– construyó un saber respecto de que *sí se puede derrotar al gobierno* si se cuenta con una amplia participación de la gente, una organización autónoma y una representación democrática y honesta.

De esta manera, podemos pensar en la transformación de diversas significaciones en torno al poder del gobierno y, sobre todo, en tanto memoria constituyente, la creación de nuevos sentidos que aparecen como producto de las acciones y reflexiones de un pueblo sorprendido por su propia potencia.

La experiencia de la victoria sobre el proyecto aeroportuario significó para los atenguenses la prueba fehaciente de que el poder no está siempre y exclusivamente del lado de los gobiernos y los grandes capitales, que es posible ganarle al gobierno teniendo como base la organización, la congruencia y la solidaridad de otros pueblos y movimientos. Quizá el mayor aporte simbólico que la lucha del FPDT otorga a los movimientos sociales contemporáneos es justamente ese: poner en evidencia que aunque se tenga en contra a todo el aparato del Estado, el gigante puede tener pies de barro.

De esta manera, la experiencia directa y la memoria, van construyendo una serie de saberes y aprendizajes profundamente significativos:

- El Estado, los gobiernos y el poder empresarial y económico, no son fuerzas sobrenaturales, externas a las luchas y las relaciones sociales.
- La importancia del trabajo y la participación colectiva, que es casi indispensable, llevó a los atenguenses no sólo a fortalecer la idea de que la unión hace la fuerza, sino a construir mecanismos horizontales en la toma de decisiones, a valorar la importancia de todas las participaciones, aunque parecieran las más insignificantes.
- Es probable que pueda elaborarse aquí una larga lista de saberes, sin embargo, en este momento no podemos dejar de mencionar la importancia que tiene en toda esta experiencia la capacidad que muchos de los pobladores fueron construyendo para levantarse

cara a cara frente a las autoridades gubernamentales. En particular para las mujeres, quienes en su mayoría siempre habían sido amas de casa, esta experiencia significó un enorme reconocimiento de sí mismas como personas capaces de enfrentarse a la prepotencia, al maltrato, y poder expresar sus palabras, plantear con firmeza sus demandas y exigir con decoro sus derechos. Reproducimos aquí uno de los testimonios³ que expresa con claridad un conmovedor y esperanzador aprendizaje de vida.

En esa ocasión pues a mí me tocó hablar [...] Entonces nosotros siempre hemos dicho que el gobierno no nos lo da, es un derecho de nosotros y una obligación de ellos, entonces pues esas personas siempre como que nos quieren humillar. En esa ocasión yo me dirigía al representante, estaba sentado él y yo veía que cuando hablaban las otras personas para dirigirse a ellos, se paraban. Entonces yo en esa ocasión me quedé sentada, porque pues él estaba sentado, yo me quedé sentada. Entonces empecé a decir a lo que iba [...] pero me quedé sentada y entonces me dice “¿por qué no se para al dirigirse conmigo?”. Entonces le digo: “si se para usted, me paro yo”, y entonces agarró y me quedó viendo, y ya me dice: “pues siga sentada” [entrevista realizada a integrante del FPDT, originaria de San Salvador Atenco, municipio de Atenco, febrero de 2008).

Tenemos entonces en esta memoria colectiva que reactualiza permanentemente el sentido de la lucha de los antepasados, una enorme fuente de inspiración. Pero además, la memoria que organiza los aprendizajes de la propia experiencia, que inspira y evidencia las capacidades de los habitantes de Atenco y poblaciones vecinas y amigas. Memoria constituyente de sujetos, es decir, de personas que saben que pueden incidir en su contexto, que pueden transformar el mundo y construir sus propias formas de vida.

En síntesis, podríamos plantear que la lucha del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco, es la lucha de la memoria que comunica fuerzas. La *fuerza de la inspiración* y la *fuerza de la aspiración* es referencia al pasado que está presente y, paradójicamente, se resignifica permanentemente; el futuro se imagina, se crea y da sentido al hoy que se vive.

³ Los testimonios aquí recuperados emanan de un conjunto de entrevistas realizadas con integrantes del FPDT por Mariana Robles, Sergio Grajales y Silvia Mendoza, entre febrero de 2008 y mayo de 2009.

Quisiera un Atenco que fuera un pueblo mejor que antes. Nosotros ya pasamos muchas cosas para poder lograr algo más de lo que teníamos. Aquí en el FPDT no se regala despensa, no se regala dinero, aquí se va a aceptar a la gente que tenga valor, memoria, dignidad y la conciencia que se necesita para estar aquí, en pie de lucha [entrevista realizada a integrante del FPDT, originaria de San Salvador Atenco, febrero de 2008].

BIBLIOGRAFÍA

- Baczko, Bronislaw (1991), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Argentina.
- De Certeau, Michel (2000), *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México.
- Desroche, Henri (1976), *Sociología de la esperanza*, Herder, Barcelona.
- González, Fernando (1998), *La guerra de las memorias: psicoanálisis historia e interpretación*, Plaza y Valdés, México.
- Igartúa J. y Páez, D. (1998), "El arte y el recuerdo de hechos traumáticos colectivos: el caso de la guerra civil española", en D. Páez (ed.), *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Laplantine, F. (1977), *Las voces de la imaginación colectiva. Mesianismo, posesión y utopía*, Gedisa, España.
- Le Goff, Jacques (1991), *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, México.
- Ortega y Gasset, José (1971), *Historia como sistema*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Manero, R. y Soto, M.A. (2005), "Memoria colectiva y procesos sociales", en *Revista del CNEIP, Enseñanza e Investigación en Psicología*, vol. 10, núm. 1, enero-junio, Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología.
- Pájaro, David (2006), "El Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra: de la represión a la autogestión" (mecanograma).
- Pérez y Zavala, Carlos (2005), "El pueblo manda. Identidad cultural y lucha política en Tepoztlán, Morelos", tesis de Doctorado en Antropología, ENAH, México.
- Reygadas, Rafael (1998), *Abriendo veredas. Iniciativas públicas y sociales de las redes de organizaciones civiles*, Convergencia de organismos civiles por la democracia, México.
- Ricœur, Paul (1999) *Historia y narrativa*, Paidós, Barcelona.
- Vázquez, Félix (2001), *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*, Paidós, Barcelona.